

Ramón J. Sender

# Crónica del alba, 2

El mancebo y los héroes  
La onza de oro  
Los niveles del existir



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1971

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Ramón J. Sender  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1971, 2016  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-490-1 (Tomo II)

ISBN: 978-84-9104-510-6 (O. C.)

Depósito legal: M. 25.878-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	El mancebo y los héroes
189	La onza de oro
321	Los niveles del existir



# El mancebo y los héroes



*Esta vez las primeras páginas del libro son también del mismo José Garcés y no del editor como en los cuadernos anteriores. Al frente del manuscrito que sigue escribió Pepe el siguiente preámbulo con versos intercalados:*

Igual que los anteriores, este relato es verdad. Los lectores que tengan un poco de memoria recordarán algunas circunstancias patéticas, que refiero tal como mi memoria me lo permite. Recuerdo algunos nombres, pero otros se me olvidan porque deben estar archivados en esa parte del cerebro donde repercute la onda explosiva de las granadas. Y se han disuelto quizá en la perplejidad de lo tremendo.

No tengo aquí colecciones de prensa que consultar. Soy fiel a mi memoria y espero que ella sea fiel a la realidad.

Entraba entonces en la adolescencia y comenzaba a amar a todas las mujeres y a odiar a todos los hombres. Sobre todo a mi padre. En aquellos días resucitaban con nueva pugnacidad las inquinas de mi infancia.

Tenía yo entonces no pocas dificultades y las peores se complicaban con la idea tan generalizada entre adolescentes de tener razón siempre. Ellos solos contra el resto del mundo.

A veces, sentía la necesidad de escribir cosas en mis cuadernos de clase. Cosas, algunas de las cuales recuerdo a medias y reconstruyo ahora sobre una memoria fragmentaria. Eran versos como los siguientes:

*Más poderoso que el tiempo y el espacio,  
la luna verde y el sol color topacio,  
el diablo y Dios iban, ni aprisa ni despacio,  
por el forro de mi escolar cartapacio.*

Aquí había un eco directo de las conferencias del profesor de literatura sobre la cuaderna vía. El profesor parecía un hombre recortado en lacas chinas con su barbita apuntada, su cabello planchado y el gesto de una cortesía del siglo XVIII. Algunos días me parecía bien y otros lo odiaba como a los demás. Recuerdo a veces pequeños detalles de mi vida, insignificantes, y se me presentan claramente como estampas iluminadas. Comenzaba a fumar yo a solas y siempre de noche y en mi cuarto con el balcón abierto. Al succionar se iluminaba mi cara y la veía reflejada en el cristal:

*Fumas ávidamente y en el cristal riela  
un resplandor de sangre. Tu luna de franela  
navega al otro lado del vidrio, y la estela  
de su lugar enciende otra luna gemela.*

Todo lo hacía entonces ávida y confusamente. Nunca han sido los términos de la confusión tan claros como entonces. Mi catolicismo iba tomando un acento lírico y pagano, que escandalizaba a la madre Adela cuando le escribía versos para que los pusiera sobre la puerta del refectorio de uno de sus asilos nuevos de niños pobres:

*Penetran en la noche los párvulos del día  
cantando las canciones de cada mediodía  
y piden al arar devoto de la vía  
láctea el pezón rosado de la Virgen María.*

La monjita me miraba pensando que podía muy bien estar loco. Mi madre le decía:

–No. Pepe es el de siempre. Lo que pasa es que está en la edad del desarrollo.

Aquí, en el campo de concentración de Argelès, recuerdo esas cosas como los fantasmas de los muertos de la guerra deben recordar los días de su juventud. Viendo que había tenido poco éxito con mi primera estrofa, hice otra dedicada a los ancianos campesinos de otro asilo de la madre Adela que paseaban al sol en un patio del barrio de la Cartuja vestidos de pana labradora. Decía:

*Cantan los viejos la memoria de Herculano,  
los potros blancos se entrepersiguen por el llano  
y suena entre el rosal y el cabezo lejano  
la caramella de los hombres del somontano.*

¿Por qué habían de acordarse los viejos de Herculano enterrada bajo las cenizas del Vesubio? Es que su asilo era un viejo palacio con mármoles romanos pálidos por la acción de los siglos.

Eran mis versos de entonces mejores que los de mi lejana Universiada y tocaban todos los resortes y todos los temas. He aquí una manera curiosa de entender la agonía después de haber visto el entierro de una jovencita en su ataúd blanco:

*En el espacio que separa las esferas  
se encienden poco a poco las nociones postreras  
y se cierran los ojos de las hadas solteras  
entre las albas y las noches candeleras.*

Ahora pienso que yo debía haberlo dejado todo para dedicarme a la literatura y al amor de Valentina. En aquel tiempo tenía alguna afición larvada que pudo tal vez desarrollarse.

Trato de recordar las cosas importantes. Quería dejar escrito lo más posible en relación conmigo, es decir, con este animal de Dios que tiene un horizonte más limitado cada día.

En aquella época, pensando en Valentina comenzaba a sentir algo nuevo y sombrío. Presentía que por algún motivo tendría que renunciar a ella. Yo, a Valentina. Si el presentimiento se cumplió o no, lo diré más tarde.

Entonces la familia de Valentina hablaba de enviarla interna a las Paulas de Zaragoza. Yo recibí esa noticia como una bendición de Dios. Y fui a la calle de Don Juan de Aragón y me acerqué al muro de piedra del colegio y lo besé sólo por haber sido asociado al nombre de Valentina. Luego vi que no la enviaban allí y que mi optimismo me engañaba.

Aquel año vi por primera vez una huelga general revolucionaria. En Zaragoza, ciudad de tradición noblemente rebelde y combativa, la huelga fue violenta y hubo sangre.

*Clamaban todos, y esparciendo sus clamores  
igual que esparce el viento las luces de colores,  
se iban diseminando por los alrededores  
plomos pequeños con sus muertes interiores.*

Otras estrofas escribí entonces o más tarde que recuerdo a medias y que reconstruyo, siempre en cuaderna vía y en relación con aquellos sucesos de sangre:

*El hierro con el hierro tus enemigos van,  
hombro arriba el airón de tu nombre izarán,  
con las telegrafías secretas se alzarán,  
cuando esperas que hablen todos se callarán.*

*Las balas sin camino a veces se florecen  
con los hongos del aire que entre las brisas crecen  
y los novios extraviados palidecen  
y en el columpio de la noche se estremecen.*

*El miedo y el odio y las extenuaciones  
del desconcierto forman sus manifestaciones  
cívicas, y en los fosos de las viejas prisiones  
alguien levanta el poste de las ejecuciones.*

En la versión primera decía: *–Dios enarbola el hacha de las ejecuciones–*. Entonces ya comenzaba a exasperarme la idea de un dios indiferente y frío, sordo y neutral, que nunca responde a nuestras preguntas.

Tomaba una actitud crítica con la Iglesia, y al ver que Victor Hugo llamaba a Dios el «panadero sordo», creía tener derecho a insubordinarme yo también con el dios de los judíos.

Al mismo tiempo que leía mis textos en el instituto, comenzaba a comprar en la calle los papeles impresos que se ponían a mi alcance. Mi biblioteca entera cabía por entonces en los bolsillos de mi gabán. Por cinco céntimos compraba una obra de Valle-Inclán en «La Novela Corta», con la cabeza borrascosa del autor estampada en la cubierta. Me producía Valle-Inclán una especie de embriaguez, como si bebiera un vino antiguo y poderoso. Y un poco del asombro que suele darnos lo sombrío, tradicional y retórico.

Ahora, recordando aquellos tiempos, se me ocurren versos no muy diferentes. Creo que pueden ir delante de este cuaderno como escuadras de heraldos con la bandera de la derrota, pero no de la desesperación:

*Rezaba el huracán, la cumbre se dolía,  
si las oyes el clamor te ensordecera,  
el animal sin voto ni ciudadanía  
a la urbe de Dios temblando se acogía.*

*Las ventanas abiertas al día dicen, ah,  
si las oyes el clamor te ensordecera  
el miedo al miedo en tu alma nacerá  
y una reflexión nueva te sobrecogerá.*

*Esta hora que vives es la única hora  
del viejo Cronos que a sus hijos devora,  
es la misma que tienen la fauna y la flora  
y tu corazón mudo y mi alma sonora.*

*El perro de la noche en el alba lloraba,  
el dolor de las cosas se nos iluminaba  
y en la luz nuestra vida entera se agrietaba.  
Por la grieta otro perro lejano contestaba.*

*Entre las multitudes del buen amor llegó  
aquel infante a quien ninguno presintió,  
por campos sembrados se nos extravió,  
en su cuna secreta la vida lo ahogó.*

Ese infante no era yo, claro. En estas páginas trato de demostrar que, a pesar de todo, yo vivía mi vida como cada cual y un poco mejor que otros chicos de mis años.

## Aquí comienza la llamada «El mancebo y los héroes»

La vida de estudiante en Zaragoza era como una anticipación de lo que iba a ser la sociedad con la gente adulta. Había tontos, locos, tontilocos, cerdos, vanidosos, delirantes pavos reales, pobres diablos y también algún chico inteligente y sensato. Como es de suponer, no eran precisamente éstos los más frecuentes.

Aquel otoño acabó la guerra con la victoria de los aliados. Mi padre había perdido, entre los bonos de guerra alemanes y algunos negocios desdichados, más de ciento cincuenta mil pesetas. Con ese motivo se hizo taciturno, arisco y frecuentaba más la iglesia. No iba a La Seo porque mosén Orencio (que también era germanófilo) se alegraba, sin embargo, del desenlace de la guerra porque él no había perdido nada y mi padre sí.

Los católicos españoles más acendrados eran partidarios del káiser (protestante) y de un pueblo como Alemania, pagano violento y enemigo clásico de Roma. Tal vez el odio a la Francia liberal, que hacía tiempo había quitado a los curas el derecho a mangonear en la cosa pública y en el presupuesto, los hacía darse al diablo.

Recordaba el entusiasmo de mi padre años atrás cuando, volviendo de misa, compraba un periódico y veía que los alemanes habían destruido tres ciudades de la católica Bélgica.

Decidí, por fin, que el catolicismo español, como tantas otras cosas, encubría una bárbara violencia de tribu en la defensa de alguna clase de privilegio social. A veces, ese privilegio era grande como en los millonarios, y a veces miserable y sórdido como en la pequeña burguesía. En mi padre era de una sordidez atenuada.

Los liberales exultaban de gozo con la victoria de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, el derrumbamiento del imperio ruso y la abdicación del káiser mostachudo, arrogante y, según los bien enterados, bastante inferior al término medio de capacidad mental. Yo me sentía feliz a pesar de las pérdidas de mi padre, y a veces, precisamente por ellas. Ser un día pobre me parecía romántico. Lo mismo le pasaba a Concha. La novedad siempre es bien recibida por los niños aunque sea funesta.

Mi amigo Felipe era germanófilo, pero por oposición a su padre y por el gusto de coincidir conmigo se alegraba también del resultado de la guerra. Juan, el de la «Quinta Julieta», había profetizado aquella victoria de Francia, diciendo que el espíritu progresivo tendría que triunfar porque era la ley natural. Si ese espíritu no hubiera triunfado siempre a lo largo de los conflictos de la historia, haría muchos siglos que la humanidad se habría acabado. Como se ve, Juan era determinista a su modo. Tenía un amigo en los porches del paseo de la Independencia. Un vendedor de periódicos que se llamaba Ángel Checa. Debía ser un hombre peligroso, al menos para la policía. Un día lo vi de lejos. Tenía los hombros altos, en forma de percha. Me pareció uno de esos hombres de dientes sucios que fuman medio cigarro puro y echan saliva amarilla al suelo de vez en cuando, haciendo una especie de inclinación cortesana. También uno de esos tipos silenciosos que juegan ruidosamente al dominó en el café. Luego vi que esto no era cierto.

Pero entonces yo no lo conocía aún a Checa. Juan el de la «Quinta Julieta» me había dicho un día: «Cómprale los periódicos a Ángel Checa, que tiene el puesto frente al cine Doré». Yo todavía no se los compraba, pero miraba a nuestro héroe al

pasar. Era jorobado y la ropa le colgaba de los hombros angulosos como en los espantapájaros. «Un amigo de Juan», pensaba yo, intrigado. «¿Por qué no ha de ser también un amigo mío?»

El ambiente de la ciudad era confortador. A pesar de sus templos, sus catedrales, era una ciudad progresiva, con diputados no sólo liberales, sino republicanos. En el siglo xvi, se había significado Zaragoza como una ciudad liberal enemiga de Felipe II, encubriendo y salvando a Antonio Pérez, combatiendo por sus fueros y contra la inquisición y mostrándose siempre ágil y levantisca. Pero no era sólo Zaragoza, sino todo Aragón, incluida su vieja aristocracia, como los condes de Ribagorza, los de Luna, los duques de Villahermosa.

En nuestros días, la ciudad seguía siendo liberal. Los periódicos más importantes, como *Heraldo de Aragón* y *La Crónica*, eran liberales. La opinión media de la gente era, pues, contraria a los alemanes.

Sólo era germanófilo *El Noticiero*, diario de la grey beata, que leía mi padre. Yo compraba los otros dos y los llevaba a casa de un modo ostensible.

En el instituto, las clases duraban desde las ocho hasta las doce. También había allí mayoría de chicos partidarios de la victoria de los aliados. Así, pues, mi atmósfera era de optimismo y alegría, al menos por la mañana. Por la tarde –en mi casa–, depresiva y sombría.

Los chicos de ideas germanófilas solían ir en dos filas conducidos por frailes maristas. Tenían fama aquellos chicos de ser disciplinados, beatos y, por el simple hecho de la protección de los frailes, un poco afeminados.

Había otro colegio de religiosos que llevaba sus estudiantes al instituto, pero éstos –creo que los corazonistas– iban siempre sin escolta ni protección y muchos de ellos eran furiosos anticlericales.

La gran mayoría no íbamos a ningún otro centro de enseñanza sino al instituto. Estudiábamos en nuestra casa y por nuestra cuenta, lo menos posible, es verdad.

A todos los profesores les habíamos puesto apodos, a veces malsonantes, y ellos, que seguramente lo sabían, nos odiaban y trataban como a casta maldita que había que exterminar.

En cada clase seríamos alrededor de ciento diez o ciento quince.

Como suele suceder, en los primeros días cada chico consideraba a su vecino más importante de lo que era. Todos andábamos curiosos y se establecían amistades por afinidad y a veces por discrepancia y contradicción.

Entre los mayores había pícaros que blasfemaban, tenían a gala padecer alguna enfermedad venérea y jugaban terriblemente a las cartas. Solían ser cuatro o cinco años mayores que yo y violentos y desdeñosos.

Al entrar en la clase algunos dejaban el cigarrillo apagado en lo alto de un zócalo que cubría la parte baja del muro. Al salir, se había consumido del todo, dejando una huella ocre en la madera.

Había en las paredes de los retretes escritas muchas obscenidades.

Desde el principio, yo comprendí que el instituto no tenía interés. La cultura –si tal cosa existía– debía estar en otra parte. Todo era incómodo y falso. Nadie leía la lección ni ponía fe alguna en lo que estaba haciendo. Se trataba de engañar a los profesores.

La cosa no tenía el menor atractivo.

Estaba el instituto en el costado izquierdo de una vasta manzana de edificios, todos dedicados a la enseñanza. Por el frente principal que daba al Coso se entraba a la universidad (facultades de Letras y Derecho). En un flanco hacia el río daban algunas clases de escuela Normal. En aquel lado había también un cuartelillo de policía.

La parte nuestra –el instituto– era limpia, moderna, bastante agradable. Los claustros de la planta baja o del piso superior alrededor de un vasto patio cuadrado, estaban cubiertos de cristales. En la primavera, cuando se sentía calor, abrían algunos paneles y entraba el aire perfumado por los árboles en flor.

A veces, yo me iba con otros dos chicos, que se llamaban Dolset y Gonzalvo, a pasear por las afueras en lugar de asistir a clase. Nuestros lugares predilectos eran las rondas con altas murallas defensivas, en las cuales se veía una lápida conmemorativa dedicada al general Palafox, héroe de la guerra contra Napoleón. Gozábamos del aire romántico de aquellos lugares. También íbamos a veces a la Puerta del Carmen, que mostraba en las nobles piedras labradas por los siglos las huellas de las balas de los mamelucos de Bonaparte.

Aquello me parecía a mí la realidad y la vida verdadera. En cambio, todo lo que se relacionaba con el instituto me parecía falso. Mi hermana Concha veía la cosa de otro modo: «Cuando termines el bachillerato tendrás tratamiento de don». Algo era algo.

Gonzalvo era un chico de maneras delicadas y facciones regulares y armoniosas. Era presumido y gustaba de vestir bien. Había en él algo depurado y decadente.

Dolset era, en cambio, feo y un poco brutal de apariencia, aunque de carácter suave y afable. Los tres juntos debíamos formar un grupo de veras incongruente. Gonzalvo, que tenía una voz fina y bien timbrada, quería dejar cuanto antes los estudios y hacerse tenor de ópera. Esto nos divertía a Dolset y a mí. No tenía Gonzalvo, aparte de sus ambiciones artísticas, interés definido por nada serio.

–Gonzalvo no valdrá para nada en la vida –le decía yo a Dolset.

Y mi amigo discrepaba:

–Éstos son a veces los que valen para todo. Ya verás.

Gonzalvo parecía despreciar a la humanidad entera, que no tomaba en serio su talento precoz de cantante.

Dolset pensaba hacerse médico, y lo fue más tarde con cierta brillantez. La formación del trío Gonzalvo, Dolset y yo, no fue por elección espontánea, sino por azar. Dolset se sentaba a mi derecha y Gonzalvo a la izquierda, en una de las clases.

Entre los chicos había la manía sexual, claro. El único que no hablaba nunca de eso era Dolset, quizá porque se conside-

raba sin la menor probabilidad de éxito, tan feo era. Por esa misma razón, tomaba la vida más en serio. Era cuidadoso de su persona e iba siempre limpio y aseado.

Tuve algún otro amigo, casi siempre chicos nada brillantes e incluso mal vistos por los demás. Aquel año primero del instituto pensaba a veces que mis amigos no eran gente seria. No sabía yo escogerlos. Eran chicos un poco despreciados, cuya suerte yo compartía por el hecho de ir con ellos.

Eso no me daba tristeza alguna, pero sí una especie de miedo a mi propio destino, a veces.

En la clase, se sentaba detrás de mí un chico grandullón de ojos saltones negros y rasgados. Ojos de caballo o de yegua. Desde el primer momento aquel tipo, que se llamaba Luis, me fue desagradable. Buscaba muchachos más jóvenes que él y tenía un rasgo de carácter grotesco. Grande y caballuno como era, hablaba de su madre como un bebé. El hecho de que no tuviera padre le hacía referirse a ella constantemente. Ella le autorizaba o le negaba las cosas.

–Si mi madre me deja... –solía decir.

Eso resultaba chocante.

Al salir o al entrar en el instituto, me detenía a veces un momento a ver lo que escribía en sus rodillas el vendedor de pasales de coco y quisquillas, autor teatral, señor Lasheras. Tenía gran fluidez y apenas si se veían correcciones ni tachaduras en su cuaderno.

–Para mí, el diálogo en verso –me decía con una expresión de falsa modestia– es natural como el respirar.

Yo leía por encima de su hombro:

«LEONOR. –(*Suspirando*). Nunca mi preza se mostrara  
condescendiente con vos...»

Y me alejaba con mis amigos haciendo comentarios. Yo respetaba a Lasheras. Dolset se burlaba de él. Gonzalvo, que no tomaba en serio la literatura, era cruel con Lasheras e improvisaba con una gran destreza versos que le recitaba por mofa:

*En las glaucas lejanías  
vislumbreo penumbreces  
y fulgores  
y las tristurancias mías  
hacen llorar a los peces  
de colores.*

Lasheras lo miraba sin saber qué responder. Aquel género de poesía no era de Lasheras, es verdad. Los versos de Lasheras serían lo que se quisiera menos modernistas. No había «glaucas lejanías». Después, cuando Gonzalvo no estaba delante, el poeta dramático me decía: «Yo desprecio al vulgo ignorante, y más cuando se trata de un mariquita como Gonzalvo».

Era Gonzalvo hijo único y lo mimaban en su casa. No era un individuo equívoco, sino que lo parecía físicamente, aunque su manera de hablar y de conducirse era más bien atrevida y descarada. Un día que fui a su casa, vi que en ella y con sus parientes se conducta como un pobre niño convaleciente de alguna enfermedad que le daba derechos y preeminencias. Era un chico raro.

Yo no sabía cuál de sus personalidades era la verdadera. Conmigo usaba a veces un género de procacidad más o menos ingenioso, pero siempre de carácter sexual. Por ejemplo, me preguntaba:

—¿En qué se parece un bebé a un tapón de botella de *champagne*?

Y se respondía a sí mismo muy serio: «En que no puede volver a entrar por el lugar por donde ha salido».

Se atribuía las gracias ajenas, y como lo hacía con aquella expresión tan grave, a nadie le parecía mal. Decía en la clase de francés que había inventado la siguiente fórmula algebraica:

$$\frac{\pi r}{LN} = BB$$

Había que pronunciarlo en francés: *Pi-erre sur Ele-ene igual Bebé*. Éstas eran bromas inocentes. Tenía otras que es imposible referir.

Avanzaba el invierno sin que sucediera nada extraordinario. Poco a poco yo comprendí que había dos mundos opuestos y contrarios. El de la calle (incluido el instituto) y el de mi casa. Todo lo que oía en la calle o con mis amigos estaba prohibido en casa, es decir, nadie lo habría dicho nunca en casa.

Por ejemplo, en casa se hablaba de amor (sobre todo mi hermana Concha), pero era un amor angélico. Apasionado tal vez, pero siempre sin sexo. Sin la menos conciencia sexual. Qué diferente aquel amor del que obsesionaba a mis amigos y a mí mismo.

La ciudad aburría a mi padre. A veces no podía más y aprovechaba cualquier oportunidad para ir al pueblo a cazar con sus antiguos amigos. Y me llevaba a mí, viéndome ya casi tan grande como él. La primera vez fue durante las vacaciones de Semana Santa. Por las ventanillas del tren se sentía la alegría contenida de la naturaleza en el vuelo ondulado de las cogujadas y en su manera de posarse, volver la cabecita a un lado y lanzar su breve canción:

–*A juñir, a juñir...*

Eso decían las cogujadas, según Escanilla.

Aquel pequeño pájaro color de tierra daba órdenes a los labradores. «A juñir», quería decir «a emparejar». Es decir a unir las mulas con el yugo para salir al campo y comenzar la jornada. Porque aquellas voces apresuradas y agudas de pájaro madrugador eran las primeras que se oían en el alba.

Las ropas de cazador que vestía yo eran de mi padre, y me iban bien porque tenía ya el mismo cuerpo que él.

En aquellos días, mi padre comprendía que yo no era ya un niño y tampoco un hombre. Se daba cuenta también de que nuestra enemistad, al entrar yo en la adolescencia, se convertiría o se podía convertir en algo penoso y duradero. Nunca me preguntaba nada de mi vida de estudiante, que parecía tenerle sin cuidado.

Nuestra relación no había, pues, mejorado. Unas veces yo odiaba a mi padre y otras trataba de comprenderlo. Me llevaba a cazar, no porque quisiera proporcionarme aquel placer, sino por exhibirme con los otros cazadores, como diciendo: «Eh, vean ustedes qué hijo tengo».

Entonces yo no comprendía que ese orgullo era una forma de afecto para mí.

En aquella excursión cazadora hubo un incidente que hizo más difícil nuestra relación. A su tiempo lo contaré.

Nos apeamos en una estación que no era la de nuestro pueblo. Sólo bajábamos nosotros, allí. El camino hasta La Herradura –la finca del viejo primo de mi padre– lo hicimos a caballo. Ese segundo tío mío se llamaba don Hermógenes de la Cueva. Dos caballos nos esperaban atados a una reja en la parte trasera de la estación. Nosotros debíamos montarlos y dejarles la rienda floja. Ellos nos llevarían.

No se le ocurrió a mi padre preguntarme si yo sabía montar o no. Nadie aprende a montar en mi tierra. Se supone que cuando hay un caballo y una distancia larga, el menos experto se convierte en un jinete. Yo me sentía del todo seguro en mi montura. Cuando el caballo trotaba, el mismo movimiento del animal me obligaba a levantarme un poco de la silla y volver a sentarme cada dos pasos. Aquello era «montar a la inglesa», según decían los chicos. La cosa no podía ser más fácil. El galope era más cómodo que el trote. Ni yo me extrañé de mi habilidad, ni se extrañó mi padre.

Por el camino, mi padre fue hablándome de don Hermógenes, a quien yo había visto sólo una vez y por quien sentía amistad y simpatía. Era un hombre alto y ancho, todo huesos, y sonreía fácilmente. La cara de don Hermógenes era juanetuda y tostada. Las córneas blancas de sus ojos se confundían a veces con las pupilas grises, según como venía la luz. Y aquel hombre tenía la inocencia y el candor de un niño. En un hombre tan grande y de apariencia tan masculina, aquel candor chocaba un poco.

Mi padre lo tomaba a broma. Quería burlarse de él, pero como don Hermógenes se burlaba de sí mismo, con frecuen-